

Mario Osses

Noticiario

«HOMBRES Y CABALLOS», de *Olegario Lazo Baeza*. Editorial Nascimento, 1951

Es el cuarto libro en la misma brecha de «Cuentos Militares», «Nuevos Cuentos Militares» y «Otros Cuentos Militares». Y por cuarta vez la crítica viene acordándose en que nos hallamos frente al primer maestro del género, y a un escritor que exhibe virtudes ejemplarizadoras.

Son varias las antiguas piezas de antología de este narrador, sin que olvidemos entre las más dramáticas a *El Padre* y *al Fracasado*. «Hombres y Caballos» aporta algunas que se sumarán al repertorio: *El Desertor*, *El Ultimo Adiós* y *Miedo de Casarse*.

La continuidad literaria se afianza en las modalidades temáticas en que alternan hechos de armas nacionales, paraguayos y franceses, miserias y grandezas de la vida de cuartel, altura de alma de caballos que se machihembran con jinetes diestros y comprensivos. En algún relato se entremezclan las propensiones, aunque con predominio evidente de una.

Virtud de Lazo Baeza es el equilibrio.

Ni dudamos que—rebasando el estilo a la profesión artística—un escritor modela esencialmente las peculiaridades que lo destacan en el oficio o menester cotidiano a que su vocación y aptitudes lo empujan. No reconoce otro origen la rigidez profesional. Así se nos hace tan desvaído y leve el literato que sólo es literato, mientras la vida que martilla con pasares dificultosos y duros, es la exacta laminadora del metal creador con que se hacen las obras de intemporal peso estético, llámense «Don Quijote», «Karamazov» o «Muickine».

Ahora bien, el autor de *El Postrer Galope*, *Servicios de Reproducción y Remonta Caballar*, es hombre tan asendereado en ministerios ecuestres y tan consustanciado con ellos, que antes de los buenos éxitos a que los condujera en literatura, obtuvo galardones como caballista y teórico de primera línea.

De ahí que el título de este nuevo libro sea suma vital, y entrañe mensaje de madurez sazónada.

Se advierte en sus cuentos la euritmia del maestro de equitación, del hombre que conoce el alcance y los recursos de los asuntos y personajes que embriada y somete a congruas alternativas de marcha. Discurren a veces con la discreción serena del paso, otras con el nervioso tecleo del trotecillo, cuando con la isócrona majestad del galope, ya con el herido rayo de la carrera. Y hay paradas en seco. Puede que volteen al protagonista o que nos lesionen el ánimo desarzonándonos de cuajo.

Ponderado con elegancia seca, nuestro autor alcanza el privilegio de los clásicos que sugieren más de lo que dicen, porque lo expresan con la sencillez recóndita donde suena la vida natural en el dibujo y textura de sus narraciones, nos parece escribir de la

única manera posible, con objetividad persuasiva y exacta, aquella en que la obra crece hasta borrarla la fisonomía poderosa de su progenitor.

Olegario Lazo logra salir con bien de empresas tan difíciles como son las de elevar al plano del arte asuntos patrióticos en el Combate de la Concepción y La Muerte del General Barbosa, cuentos que cifran el comienzo y el fin del conjunto. Semejante es la empresa que encina con El Capitán Genes—epopeya paraguaya—y Lisette, página heroica de un soldado de Napoleón. Aunque en este último relato, es la yegua quien protagoniza el hecho, bestia que halla en el libro altos congéneres como El Aguila, El Turco, El Caballo Fantasma. Sobresale Lazo en su proyección, y sus caballos tan hondamente humanizados, tan de raíz y de tierra, tan sensitivos y ágiles de entendimiento deben sumarse a los excelentes de nuestra literatura, como El Flamenco, de Coloane o El amigo Pidén, de Luis Durand.

No nos extraña que sea un egregio oficial de caballería quien explote con acierto la veta zoológica. Lo que admira es que no cuente en nuestro país con mayor número de concesionarios, siendo Chile cuna de jinetes y caballos eximios y narradores de alcurnia. Olegario Lazo ejercita dos principios elementales, que fincan en Horacio y Gide. Son, a saber: sabiduría del límite e insistencia. Con efecto, la simplicidad unitaria en los relatos de nuestro escritor, más el talento de «empujar la piedra de un solo lado», es decir, la pertinacia temática, significan primordialmente su fortuna literaria.

Experiencia, y más que ello, vivencia o experiencia vital. Es eso.

Sorberse por enamorado comercio cotidiano de piel, por simpatía recia y emocionada capaz de renovarse sin término con el ejercicio, beberse—decimos—infatigablemente un estilo de vida como el militar, con todos los altibajos de sus virtudes y vicios: eso es. Y el producto, en seguida: libros cual «Hombres y Caballos», preñado de aciertos. Porque esa es la limitación infinitadora del arte, donde hay que cultivar no más que parcelas, donde el resto se da por añadidura.

Ni está solo el arte en la promoción, sino también la psicología contemporánea, que va concretándose en un intento de tocar las profundidades del individuo humano, en un esfuerzo por enredar las vicisitudes de la persona. La persigue a través de parcelas como la infancia, la adolescencia, la madurez, la senectud, y superando las etapas de su desarrollo, en los sexos, las razas, las profesiones, etc. Las profesiones u oficios revelan esencialmente el sentido erótico de una vida, son nidos que empollan conducta, y hay que ocurrir a ellos para conocer al hombre.

Así lo ha comprendido Lazo Baeza, y en lugar de extender la mano, la ha cerrado para escribir.

Aprieta la pluma con inusitada varonía—como lanza en combate—para referirnos en *La Novia Ajena* el casamiento de una pelandusca con un manso oficial que se hace cornudar por un camarada. Mejor aún, lo cornuda su buena fe. En *Miedo de Casarse* es el antagonista, ser pusilánime y desconfiado, el que también degrada la profesión casándose a la postre con un carcamal horripilante. En *El Desertor*, es una pareja de viejos campesinos que intentan proteger al hijo, soldado prófugo de la brutalidad de un sargento. La socarronería del primer relato, el sarcas-

mo del siguiente y el patetismo del último, ponen a Lazo Baeza en la estirpe de los autores de «Un Tiro», «Bola de Sebo» y «Stepantchikovo».

Desmalezada la expresión, conoce la maestría de atesorar en escasas palabras intenso número de vivencias, el arbitrio de sugerir con despejo la estructura moral de sus personajes, los recursos, en fin, de promover agilidad con el diálogo sustancioso, establecer climax o gradaciones emocionales y alumbrar el procedimiento con una que otra alquitarada figura que descubre en los seres y en las cosas la cierta y definitiva médula de la poesía.

«PEZOA VÉLIZ», de *Antonio de Undurraga*. Editorial Nascimento, 1951

Este libro fué premiado por la Sociedad de Escritores en 1950.

Su autor lo subdenomina: Ensayo Biográfico, Crítico y Antológico. De los esdrújulos acumulados, le conviene más el primero, pues el último es función del segundo—su corolario casi—y éste se halla muy en agraz.

No hay duda que el material de Undurraga significa trabajo laudabilísimo. El estudioso puede espigar lo que necesite en la vida de nuestro poeta. En lo que se refiere a juicios o valoraciones, el compilador ha reunido unas cuantas. Pretende que todas y hasta que su estudio es «exhaustivo» desde los diferentes huecos porque se asoma. La pretensión es inocente.

Llaman la atención el énfasis barroco de los títulos en que se divide el libro: *La Sangre y su Figura Histórica*, *La Obra y su Configuración Chilena y Uni-*